

Medea

Eurípides



FUNDACIÓN
Carlos Slim



Medea

Eurípides

Teatro

Se reconocen los derechos morales de Eurípides.

Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim

Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

C. P. 11529, Ciudad de México. México.

contacto@pruebat.org

MEDEA

PERSONAJES

NODRIZA

PEDAGOGO

HIJOS DE MEDEA Y DE JASÓN

MEDEA

CORO DE MUJERES DE CORINTO

CREONTE

JASÓN

EGEO

MENSAJERO

(La acción se desarrolla en Corinto, ante la casa de Medea. De ella sale una esclava vieja.)

NODRIZA

Ojalá que en su viaje a la Cólquide
no hubiera volado jamás
la nave Argo atravesando las Simplégades
—esas rocas sombrías—; ojalá que el hacha
no hubiera talado jamás
en los bosques del Pelión
los pinos transformados en remos
en manos de los guerreros
con más bríos; ojalá
que jamás hubieran partido:
no habrían regresado trayendo
para Pelias el vellocino de oro.
Si así fuera, nunca
mi señora, Medea, habría zarpado
hacia las torres de la tierra de Yolco
con el corazón hecho una llaga
en su amor por Jasón;
y no habría instigado a las hijas de Pelias
a matar a su padre.
Y ni habría venido
con su marido y con sus hijos
aquí, a Corinto,
poniendo sus empeños
de fugitiva en agradar
a la gente de esta tierra,
y plegándose en todo a su Jasón:
porque salva su matrimonio
la mujer que no le levanta la voz a su marido.
Ahora todo le es hostil, y la pone enferma

hasta lo que para ella es más querido.
Porque Jasón ha traicionado a sus hijos
y a mi propia señora: en tálamo real
se acaba de acostar con la hija de Creonte,
el rey de esta región. Y, en su desdicha, Medea,
deshonrada, a gritos invoca los juramentos,
apela a la unión de sus manos
en su boda, rito
de la fidelidad suprema.
Que en testigos se erijan, pues, los dioses
del pago recibido de Jasón.
Día tras día consumida en lágrimas,
yace en ayunas, abandonando
su cuerpo a los pesares, pues se siente
ultrajada por su esposo. Con ojos abatidos,
del suelo no despega la cara.
Lo mismo que una roca,
o una ola marina, está sorda
a las palabras de aliento de los amigos.
Y si alguna vez vuelve su blanquísimo cuello,
ensimismada llora por su buen padre,
su tierra, sus palacios —todo lo que
traicionó para irse con un hombre
que ahora la colma de ignominia—.
La desdichada ahora ha aprendido bien
lo que no ignoran los esclavos:
la gran desgracia que es perder
la tierra de los padres.
Siente horror por sus hijos,
ya no disfruta viéndolos y temo
que esté tramando algo funesto.
Tiene un temperamento muy violento
y no soportará ser maltratada.
Yo la conozco y tiemblo:
es terrible. A sus enemigos
no les concede una victoria fácil.

(Entra el pedagogo con los hijos de Medea.)

Pero aquí están sus hijos:

vienen de correr en el gimnasio.
No han percibido nada:
no hay sitio en sus corazoncillos
para las penas de su madre.

PEDAGOGO

Esclava nacida en el palacio de mi señora,
¿por qué te paras a las puertas,
tú misma alimentando los pesares?
¿Qué hace sin ti Medea?

NODRIZA

Anciano acompañante de los hijos de Jasón,
las calamidades de los amos
arrastran a los buenos esclavos; tocan
el fondo de su alma. Me ha destrozado
la desgracia y quiero proclamar
al cielo y a la tierra
el destino cruel de mi señora.

PEDAGOGO

La desdichada, ¿sigue todavía gimiendo?

NODRIZA

Tu ingenuidad envidio. La desgracia
está empezando, falta mucho para el final.

PEDAGOGO

Está loca —si es que de los amos
así se puede hablar—. ¡Qué poco sabe
de sus desgracias más recientes!

NODRIZA

¿Qué ocurre, anciano?
A tu compañera de esclavitud
no ocultes nada. Si es preciso, no temas:
de lo que me digas no diré una palabra.

PEDAGOGO

Le he oído a uno que hablaba
sin que él me viera; escondiéndome
al lado de unos viejos que jugaban a los dados
junto a la augusta fuente de Pirene.
He oído que Creonte, el soberano
de esta tierra, va a expulsar,
junto con su madre, a estos niños de Corinto.
No sé si es esto cierto.
Ojalá no lo fuera.

NODRIZA

¿Y Jasón? ¿Va a consentir que sufran
sus hijos, por diferencias que tenga
con la madre?

PEDAGOGO

Adelante las nuevas alianzas, las antiguas
se esfuman; y Jasón
ya no ama a la familia de Medea.

NODRIZA

Estamos perdidos. Una nueva desgracia
se avecina sin haber achicado
la anterior todavía.

PEDAGOGO

Al menos, tú, serénate
y guárdame el secreto.
No es aún el momento
de que se entere la señora.

NODRIZA

¿Oís, hijos, cómo se porta con vosotros
vuestro padre?
¡Que se muera!: no, no, que él es mi amo.
Se porta como un criminal
con los seres más queridos.



PEDAGOGO

Y ¿quién se libra de ello?
Que esto te quede claro:
todo el mundo a sí mismo se quiere
más que a su prójimo mil veces.
Y cuando median las conveniencias
de un tálamo real,
muy fácilmente un padre
se desprende de sus afectos.

NODRIZA

Entrad en casa, hijos.
Y tú cuídalos bien,
y mantenlos bien lejos
de una madre hundida en la desgracia.
Pues ya he visto antes que les lanzaba
una mirada salvaje; está a punto
de estallar. Bien lo sé:
su cólera sólo se calmará
con algún acto de venganza.
Ojalá la descargue
contra gente a quien odie,
y no contra los seres más queridos.

MEDEA

(Desde el interior.)

¡Ay, qué desdichada, qué desdichada soy!
¡Ay de mí!, ¿por qué ya no me muero?

NODRIZA

Rápido, niños queridos. Ya oís a vuestra madre:
la cólera agita su corazón. Escondeos.
Daos prisa, más rápido, ¡a casa!
No os acerquéis a ella:
lejos, que no os vea. Guardaos de ella:
es salvaje su ceño y su naturaleza abominable.
Y está henchida de soberbia. Marchaos.
Corred rápido dentro. De un momento a otro



esta nube naciente de gemidos
va a estallar con un furor más grande.
Bajo las dentelladas de sus penas
¿qué males no podrá causar un alma
con tan desmesuradas entrañas,
un alma despeñada en sus furores?

(Los niños y el pedagogo entran en casa.)

MEDEA

(Desde el interior.)

¡Ay!, sufro, sufro desgracias
como para que me arranquen los mayores sollozos.

(Al ver a sus hijos que acaban de entrar.)

Hijos malditos de una madre odiosa,
ojalá perezcaís con vuestro padre.
Y que el palacio entero se desplome.

NODRIZA

¡Ay de mí, ay, ay, desgraciada!
¿Por qué a tus hijos mezclas
con las fechorías de su padre? A ellos
¿por qué los odias? Ay, hijos,
por lo que podáis sufrir,
¡qué inmenso dolor siento!
Monstruosas resoluciones toman los reyes:
les falta la costumbre de obedecer
y les sobra la de mandar. Y con dificultad
ponen freno a sus cóleras. Pero es mucho mejor
acostumbrarse a vivir un poco en la igualdad.
Esto deseo para mí:
envejecer lejos de las grandezas,
en lugar bien seguro.
Ya por sí mismo se impone el nombre mismo
de moderación; y la moderación sólo ventajas
les trae a los humanos.
Los excesos, en cambio,
no traen ninguna utilidad:

sino sólo calamidades, cuando la divinidad
su cólera desata contra una familia.

(El coro de mujeres de Corinto entra y desfila en silencio durante las últimas palabras
de la nodriza.)

II

CORO

He oído la voz,
he oído los gritos de esa desgraciada
que naciera en la Cólquide.
Y su ira todavía está viva.
Pero habla, anciana.
Han atravesado los sollozos
dos puertas de su casa
y a mis oídos han llegado.
Yo, mujer, no me alegro
con las angustias de una casa,
a la que tanto
he llegado a querer.

NODRIZA

¡Ya no existe la casa! ¡Ya nada queda!
Él se acuesta en lechos de tiranos,
mientras que mi señora,
encerrada en la cámara nupcial,
consume sus días.
Y no le alivia el corazón
ni una sola palabra de sus amigos.

MEDEA

(Desde el interior.)

¡Ay! Que el fuego del cielo
me atravesase la cabeza. ¿Qué provecho
puedo sacarle ya a la vida?
¡Ay, ay! Muerte, acaba conmigo.

Pon fin a una existencia odiosa.

CORO

Zeus, ¿oyes?; y tierra y luz,
¿oís el himno amargo
que canta esta esposa del luto?
¿Qué deseo de ti se ha apoderado?,
¿qué deseo del lecho supremo,
pobre loca?
Ya buena prisa se dará
la muerte con su siniestra meta.
No la llames. Si tu marido
hace honores a un nuevo lecho,
no te irrites con él:
Zeus te hará justicia.
Llorando a tu marido,
mujer, no te consumas.

MEDEA

(Desde el interior.)

Gran Zeus y tú, Temis
—venerable diosa de la justicia—,
veis cómo sufro y, sin embargo,
los juramentos solemnes
me tienen atada a un marido maldito.
Que algún día
los vea aniquilados
—ya que ellos se atrevieron
a injuriarme primero—
a él y a su esposa,
junto con su palacio.
Padre mío y tierra mía,
os perdí para siempre,
¡después de haber asesinado
vilmente a mi propio hermano!

NODRIZA

¿Oís sus palabras,

oís los gritos con que invoca a Temis
—la que custodia los votos—,
y al gran dispensador
de nuestros juramentos, a Zeus?
Una cólera así no se apacigua
con leves desahogos.

CORO

Ojalá que logremos
que ella salga a hablarnos,
que salga aquí y escuche
nuestras benignas palabras.
Que se diluya su dolor
intenso, y que ella deponga
tan atroz cólera.
A ayudar a mis amigos
yo siempre estoy dispuesta.
Vete, pues, y haz
que salga de casa,
y dile que la esperan
las amigas. Date prisa,
antes de que se ensañe
con quienes viven con ella:
antes que su dolor
se lance en una loca carrera.

NODRIZA

Así lo haré. Pero me temo
que no he de convencerla.
Por ti voy a intentarlo.
Con ojos de leona recién parida
fulmina a sus esclavas,
si alguna se le acerca
y le dirige la palabra.
Y quien necios llame
a los hombres de otros tiempos
hablará con justicia;
pues sólo para fiestas,
para deleites de la noche

han inventado himnos
que alegran los oídos.
Pero nadie ha inventado aún
la dulce música,
las melodías de una lira
que las atroces penas
de los mortales cure
—las muertes y los funestos hados
que derrumban las casas—.
Para esto los mortales
debían componer
canciones y danzas.
Pero ¿a qué viene
inflar la voz en los festines,
en los grandes placeres?
Por sí solos se bastan los banquetes
para dar alegría a los mortales.

CORO

Ya clamores se han vuelto sus sollozos
y a gritos lanza sus maldiciones:
que tenga este traidor
un atroz matrimonio.
Por sus injustos sufrimientos
invoca a Zeus y a Temis,
la diosa de los juramentos;
pues ella la condujo a la costa situada
enfrente de Grecia.
Con llave salada como las lágrimas
el infinito mar le abrió una noche.

(Se abre la puerta. Medea avanza hacia el coro seguida por la nodriza.)

III

MEDEA

Mujeres de Corinto,
salgo de casa
para que no me acuséis
de ser soberbia.
Pues esa mala fama
han adquirido personas dignas
porque a solas y en silencio
vivieron sus desgracias.
La benevolencia no anida
en los ojos de los mortales,
que con hostilidad te miran
fijándose tan sólo en tu apariencia.
Amigas mías, un acontecimiento
inesperado, que se me ha venido
encima, me ha destrozado entera.
Estoy acabada. Ya en vivir
no puedo encontrar
gusto. Debo morir.
Ya sabéis todo: el hombre
que era para mí todo,
mi marido, ha resultado ser
la escoria de los hombres.
De todas las especies animadas
y dotadas de pensamiento
nosotras las mujeres
somos los seres más miserables.
En primer lugar, tenemos que comprar
a un precio altísimo un marido.
Le pagamos para que se convierta

en el amo de nuestro cuerpo;
y pierden su buena fama las mujeres
que se separan de su marido.
Y si el esposo acepta convivir
sin imponernos con violencia su yugo,
envidiable es entonces nuestra vida.
Y si no es así,
es mejor morirse.
Y dicen de nosotras
que por vivir en casa
corremos menos riesgos,
mientras ellos combaten con armas:
¡vaya razonamiento estúpido!
Con mucho prefiero
ir tres veces a la guerra,
a los desgarros del vientre
en un único parto.
Pero ¿por qué te digo esto?
Tú estás en tu ciudad
en casa de tu padre
y disfrutas de holgura y compañía,
mientras que yo estoy sola.
Me he quedado sin patria.
Me humilla mi marido
a mí, que su botín he sido
—y botín
arrebatado en extranjera tierra—:
sin madre, sin hermano, (Con tono cínico)
sin un solo pariente en cuyo hombro
echar el ancla y protegerme
de mi infortunio. Y de ti
esto tan sólo quiero:
si encuentro la manera
de vengarme de mi marido,
lo mismo que de aquel
que le otorgó su hija,
e igualmente de ella,
por favor, guarda silencio.
Puede que una mujer

tenga escasa fuerza
y que le asuste todo
y se desmaye cuando ve un arma.
Pero, cuando la ultrajan en la cama,
en parte alguna encontrarás
un corazón tan sanguinario.

CORIFEO

Medea, véngate; tienes derecho
a castigar a tu marido.
No me extraña que tan profundamente
llores tu destino. Pero veo a Creonte,
el soberano del país,
que hacia aquí viene
a anunciarte sus nuevos planes.

(Entra Creonte. Es viejo, lleva el cetro en la mano. Le sigue una escolta.)

CREONTE

Es a ti, que frunces el ceño
y que hierves en ira
contra tu marido, es a ti,
Medea, a quien estoy hablando.
Sal de esta tierra para el exilio
y llévate contigo a tus dos hijos;
y, venga, rápido. Y no te demores.
Yo di la orden y yo haré que se cumpla:
pues no pienso volver a casa
hasta que no te eche
fuera de mis fronteras.

MEDEA

¡Ay! Desdichada de mí, se consumó mi ruina.
Todas las velas largan mis enemigos
y para mi desgracia
no hay desembarco fácil.
Pero, a pesar de mi infortunio,
una sola pregunta:
¿por qué motivo

me destierras, Creonte?

CREONTE

Por miedo a ti —y no es necesario
alegar pretextos—. Temo
que le causes a mi hija
un daño irreparable.
Varias razones contribuyen a mi temor:
tienes dotes innatas
para los maleficios;
y, sobre todo, estás sufriendo
al ser privada del lecho conyugal.
Y, por lo que me cuentan,
oigo que amenazas
con vengarte de mí,
y de tu marido,
y de la recién casada.
Para no ser tu víctima
tomo mis precauciones.
Mujer, prefiero
que me odies por mi dureza
a que por mi debilidad más tarde
tenga que llorar
las más amargas lágrimas.

MEDEA

Ay, ay, Creonte. No es la primera vez,
pues muy a menudo mi fama
me ha causado estragos.
Inútil y peligroso es el conocimiento.
Y un padre, dotado de buen juicio,
jamás educará a sus hijos
más de lo conveniente. Pues, además
de crearse la mala fama de ociosos,
se ganarán la envidia
de sus conciudadanos.
Suministra a los ignorantes
conocimientos nuevos
y serás tachado

de inútil y de necio.
Y si demuestras que sabes más
que aquellos que pasan por expertos,
al punto te odiarán. Esta suerte
también yo la comparto.
Por tener mis dotes, para unos soy odiosa
y peligrosa para otros,
aunque no van mis dotes
demasiado lejos.
¿Por qué me temes?
¿Qué mal puedo causarte?
No tiembles ante mí, Creonte.
A mí no me da por atentar
contra los soberanos.
Porque tú, ¿en qué me has ofendido?
Entregaste tu hija
a quien te apetecía.
Yo sólo odio a mi marido.
Tú con sensatez
has actuado, creo.
Y ahora no estoy celosa
porque te vaya bien. Celebrad la boda,
y que seáis felices.
Pero a mí, por favor, dejadme
que viva aquí en esta tierra.
La injusticia que se me ha hecho
me la tragaré: me han vencido
los más fuertes.

CREONTE

Tus palabras respiran dulzura
y mis oídos las disfrutan.
Pero en el fondo de mi alma
tiemblo por las maldades
que eres capaz de maquinare.
Y me inspiras ahora
menos confianza que antes.
De una mujer arrebatada por la cólera
—lo mismo que de un hombre—

es más fácil guardarse
que del astuto que se calla.
Márchate ahora mismo,
ni una palabra más.
Siendo tu hostilidad tan grande,
no te valdrán tus artimañas
para quedarte con nosotros.

MEDEA

(Abrazando con gesto de súplica las rodillas del rey.)

¡No, por tus rodillas,
y por esa hija que has casado...!

CREONTE

No gastes más palabras.
Jamás me vas a convencer.

MEDEA

¿Pero me vas a echar?
¿Ni mis súplicas
te inspiran respeto?

CREONTE

No voy a ti a quererte
más que a los míos...

MEDEA

¡Oh, patria mía! Ahora, en este instante,
¡cómo me embarga tu recuerdo!
¡Ay, ay, para los mortales
qué horrible es el amor!

CREONTE

Eso depende, creo, (Con tono irónico)
de las circunstancias.

MEDEA

Zeus, no pierdas de vista

al causante de todos estos males.

CREONTE

Te has vuelto loca.
Arrástrate por el suelo;
vete, que ya me estás cansando.

MEDEA

¡Yo sí que estoy cansada!
Y esta humillación
no la merezco.

CREONTE

(Haciendo una señal a la escolta.)

A la fuerza
te va a expulsar mi escolta.

MEDEA

No, no me hagas esto.
Te lo suplico, Creonte...

CREONTE

Según parece, mujer,
te gustan los alborotos.

MEDEA

Ya me voy a marchar. Por ahí
no van mis súplicas.

CREONTE

¿Por qué, pues, te resistes
y no desapareces de esta tierra?

MEDEA

Un día. Sólo un día.
Un día te suplico
que me dejes quedarme. Déjame
que me quede sólo un día.

Tengo que cuidar de mis hijos
y procurarles recursos,
puesto que su padre
no se digna atenderlos.
Compadécete de ellos.
Tú también eres padre,
y es natural que tengas
buenos sentimientos.
Por mí no me preocupo:
yo me voy al destierro.
Por ellos sólo lloro:
les acechan desgracias.

CREONTE

Soy rey, pero mi voluntad
no tiene nada de tiránica;
y muchas veces la piedad
la he pagado bien cara.
Mujer, bien veo ahora
el error que voy a cometer;
y sin embargo sea lo que tú pides.
Pero ya te lo advierto:
si la divina antorcha del Sol de mañana
os ve a tus hijos y a ti
dentro de las fronteras de mi reino,
moriréis.
Y lo que acabo de decir
es totalmente cierto.
Y ahora, si es preciso que te quedes,
quédate sólo un día:
no has de llevar a cabo
ni una sola de las fechorías
que tanto temo.

(Sale con su escolta.)

CORIFEO

Me das pena, mujer. ¡Ay, ay!
Desdichada, cuánto sufres.

¿Adónde irás?
¿A qué hospitalidad ya recurrir?
¿Qué casa o tierra hallar
que te salve de tus desgracias?
¡En qué loco remolino de males, Medea,
los dioses enredaron tu viaje!

MEDEA

Mi desgracia es completa:
¿quién podría negarlo?
Pero yo pienso luchar:
podéis estar seguros.
Horas amargas les aguardan
a los recién casados,
y a los suegros pruebas
de esas que dejan huellas.
¿Crees tú que habría estado
tan dulce y tan humilde
con este ingenuo,
si no esperase sacar
algún provecho?
Sin una doble intención
¿iba yo ni siquiera
a rozarlo con mis manos?
Pero su estupidez ha ido
realmente muy lejos.
En vez de desterrarme
y tirar por tierra todos mis planes,
me ha concedido un día
para quedarme aquí. Un largo día...
Convertiré en cadáveres
a tres de mis enemigos:
al padre, a la hija, y a mi marido.
Tengo varias maneras de matarlos
y no sé cuál usar, amigas mías.
¿Incendio la cámara nupcial?
O penetrando en silencio en la habitación
en que está tendido su lecho,
¿les clavo en el hígado un cuchillo afilado?

Pero un obstáculo me frena:
si me sorprenden
en el momento de franquear el umbral
y dar el golpe,
mi muerte será el escarnio
de mis enemigos.
Lo mejor es la vía directa:
con mis dotes innatas,
con mis venenos mágicos
los exterminaré.
Bien;
digamos que ya han muerto. Y luego
¿qué ciudad va a acogerme?
¿Quién me dará hospitalidad
y la garantía de una casa
que proteja mi persona?
Nadie. En fin,
esperemos todavía un poco,
hasta que para mí aparezca
un baluarte seguro.
Con astucia y en silencio
me pongo en marcha
hacia este crimen.
La audacia me impulsa
a los actos más valientes
—por la Soberana que más venero
y he elegido por cómplice—;
por Hécate, que habita
en el recinto más íntimo de mi hogar,
ninguno de ellos se va a alegrar
de haberme atormentado el corazón.
Amargas yo les haré,
y lúgubres, sus bodas,
amarga la alianza y el exilio
que me expulsa de esta tierra.
Adelante, pues. Ninguna de tus artes
dejes de usar, Medea,
en tus astutos planes.
¡En marcha hacia tan prodigiosa hazaña!

Si a nosotras, las mujeres,
la naturaleza nos ha hecho
totalmente incapaces para el bien,
para el mal no ha creado
artistas más expertas.

IV

CORO

Corren hacia atrás,
fluyen hacia sus fuentes
los ríos sagrados.
La justicia y el mundo
vuelven a estar revueltos.
Entre los varones imperan los engaños,
y la fe en los dioses ya no es firme.
Pero mi fama dará un giro
y recuperará mi vida su nobleza.
Para el linaje femenino
la hora del respeto está llegando.
Esa fama injuriosa
ya no perseguirá jamás a las mujeres.

Y los versos de los viejos poetas
dejarán de lado por fin esa calumnia
sobre mis traiciones.
Apolo, el maestro de las melodías,
a las mujeres no quiso concedernos
el arte divino de la lira;
pues yo habría contestado con un himno
contra la raza de los machos.
Pero el tiempo en su largo curso
tiene mucho que decir todavía
sobre nuestra suerte
y sobre la suerte de los varones.
Desde la morada paterna navegaste,
con el corazón enloquecido,
franqueando en el mar

las Simplégades, esas rocas gemelas.
Y resides, desdichada,
en tierra extranjera, desposeída
de tu lecho, sin esposo.
E, ignominiosamente,
de este país te arrojan al exilio.

Se ha esfumado
el respeto de los juramentos;
en la gran Hélade
ya no queda vergüenza,
se perdió entre las nubes.
Y a ti, infeliz, te falta
la casa paterna, en la que echar
el ancla lejos de tus penas;
e imponiéndose a tu lecho,
otra reina lleva las riendas de la casa.

(Entra Jasón.)

JASÓN

No es la primera vez que he visto
la cólera violenta
convertirse en catástrofe.
Lo he visto muchas veces.
Esta tierra, esta casa
podías haberlas conservado.
Te habría bastado
con saber sobrellevar
con ánimo ligero
las decisiones de los más fuertes.
Pero la vulgaridad de tus palabras
te expulsa de esta tierra.
A mí me da lo mismo;
no dejes nunca de decir
que es Jasón el peor de los hombres.
Y por lo que respecta a tus palabras
contra los reyes,
piensa en tu inmensa suerte
de ser castigada sólo con el destierro.

Pues yo constantemente trataba de aplacar
la cólera de los irritados soberanos
y deseaba que te quedaras aquí.
Pero tú insistes en tu locura, y no dejas
de injuriar día y noche a los reyes.
Por eso vas a ser expulsada del país.
Sin embargo, incluso en esta hora,
yo no reniego de mis seres queridos;
y vengo aquí, mujer,
porque me preocupo por tu suerte.
No quiero que vayas al destierro
con tus hijos sin recursos.
Quiero que no te falte nada:
el exilio ya conlleva
de por sí muchos males.
Y aunque tú a mí me odias,
jamás yo a ti te desearía mal alguno.

(Mientras Jasón pronuncia sus últimas palabras, Medea se vuelve hacia él y le mira largamente de la cabeza a los pies, en silencio.)

MEDEA

¡Oh miserable!
—pues mi lengua no encuentra
un insulto mayor
contra tu muerta virilidad—.
¿Cómo te atreves a venir?
¿Cómo te atreves a presentarte
ante mí, tú —mi enemigo mortal,
y el enemigo de los dioses
y del género humano—?
No es esto audacia:
esto no es valentía
—después de maltratar a los amigos,
mirarles a la cara—.
Esto es el peor de los vicios
humanos: cinismo criminal.
Pero has hecho muy bien en venir.
Aliviaré mi corazón injuriándote
y sufrirás oyéndome.

Por el principio empezaré la historia.
A ti te salvé yo,
como bien saben
todos los griegos que en la nave Argo
contigo se embarcaron.
Te habían enviado
para uncirles el yugo a los toros
cuyo aliento despedía fuego,
y sembrar luego el campo de muerte.
Después, a la serpiente
que, siempre insomne, cubría
con sus anillos de múltiples repliegues
el vellocino de oro, la maté.
Y la luz de la salvación
encendí para ti.
Finalmente, yo misma,
traicionando a mi padre y a mi casa,
me fui contigo a Yolco del Pelión
con mucho más corazón que cerebro.
Y maté a Pelias, que había asesinado
a tu padre, con la más dolorosa
de las muertes, a manos de sus hijas,
y te libré de todos tus temores.
Y a cambio de este trato,
infame criminal,
me has traicionado,
y te has procurado
un nuevo lecho,
incluso teniendo hijos.
Porque, si no tuvieras hijos,
quizá fuera excusable
el que te enamoraras de esa cama.
¡Ay, estas manos,
que tantas veces estrechabas!
¡Qué vano ha sido
recibir las caricias de este miserable!
¡Hasta qué punto has decepcionado
mis esperanzas!

(Silencio largo.)

Bueno, como si aún fueras amigo,
te voy a hacer una pregunta.
Y ahora, ¿adónde puedo dirigirme?
¿Iré al palacio de mi padre
o a mi patria, a los que por ti
traicioné? ¿O puedo ir a casa (Con tono irónico)
de las desdichadas hijas de Pelias?
Me he convertido en enemiga
de los amigos de mi casa,
a quienes maltratar jamás
debí, y para congraciarme contigo
les declaré la guerra.
Aunque, en compensación,
tú me has hecho feliz a los ojos
de muchísimas griegas.
En ti un marido
admirable y fiel yo tengo, infeliz de mí.
Si huyo expulsada de mi país,
privada de amigos,
sola con mis hijos abandonados,
¡qué oprobio tan noble (Pronunciado con sarcasmo)
para un recién casado
en la miseria ver errar
a tus hijos y a mí que te he salvado!
Oh Zeus ¿por qué a los hombres
les das medios seguros
para distinguir
el oro auténtico del falso y, en cambio,
no grabas en el cuerpo un tatuaje
por el que distingamos
al varón que es carroña?

CORIFEO

Terrible e incurable es la cólera
cuando pelean amigos con amigos.

JASÓN

Por lo que dicen, no me falta elocuencia,
pero como buen timonel de navío

he de izar las velas para escapar,
mujer, de tu insensata verborrea.
Yo en cambio —y ya que exaltas
tanto tus servicios— pienso que, entre todos
los dioses y los hombres, la única
salvadora de mi travesía fue Afrodita.
Sin duda, tienes un espíritu sutil,
pero te molesta reconocer
que fue Eros, con sus dardos tan certeros,
quien te obligó a salvar mi persona.
Pero en este punto no seré muy preciso:
de cualquier modo que me hayas servido,
yo no me quejaré. Sin embargo, por mi salvación
tú has recibido mucho más
de lo que diste.
En primer lugar, la tierra griega,
en lugar de tu bárbaro país de origen,
es tu morada. Has aprendido la justicia y sabes
vivir según la ley,
sin hacerle concesiones a la violencia.
Todos los griegos saben
que tienes muchas habilidades
y has adquirido fama.
Si vivieras en los últimos
confines de la tierra,
de ti no se hablaría.
En cuanto a los reproches
que has lanzado por mi boda real,
te haré ver que aquí primero
he dado pruebas de prudencia,
y luego de virtud, además de gran amor
por ti y por mis hijos.

(Ante el gesto indignado de Medea.)

¡Pero cálmate!
Cuando abandoné para venir
aquí la tierra de Yolco,
arrostrando innumerables
desgracias sin salida,

¿qué hallazgo más feliz podía haber hecho
que casarme con la hija de un rey
yo, un fugitivo?
Pero no por los motivos que te atormentan:
por hostilidad a tu lecho,
o excitado por el deseo de una esposa nueva.
Me bastan los hijos que tengo,
y nada te reprocho.
Yo quería —y es el punto capital—
asegurarnos una vida próspera,
al abrigo de la necesidad, sabiendo
que huyen del pobre todos los amigos.
Yo quería educar a mis hijos
de un modo digno de mi casa,
y dando hermanos a los hijos nacidos de ti,
colocarlos en situación de igualdad,
y cifrar mi alegría
en la unión de mi estirpe.
Porque tú, ¿qué necesidad tienes de más hijos?
A mí me satisface que mis hijos vivos
ayuden a mis hijos futuros.
¿Me equivoqué en mis intenciones?
Tú misma asentirías, si no te atormentara
el recuerdo del lecho.
Pero las mujeres llegáis al extremo de que,
si vuestro matrimonio marcha bien,
creéis que lo tenéis todo.
Pero, si alcanza una desgracia a vuestra cama,
el partido más útil y brillante
se vuelve el más hostil.
Los mortales deberían engendrar
sus hijos por cualquier otra vía,
sin que existieran las mujeres.

CORIFEO

Jasón, con talento te has justificado;
sin embargo yo insisto:
has traicionado a tu esposa,
has actuado con vileza.

MEDEA

(Como hablando consigo misma.)

Tú debías,
si no fueras un miserable,
haber hecho esta boda
con mi consentimiento,
y no a escondidas de mí, tu cómplice.

JASÓN

¡Consentimiento digno de recordarse
me habrías otorgado,
si te hubiera mencionado mi boda,
cuando incluso hoy no te resignas
a dominar tu cólera!

MEDEA

No era esto lo que te retenía:
creías que un matrimonio
con una extranjera te concedía
una vejez sin gloria.

JASÓN

Entérate bien: no me caso
con la hija de un rey por amor,
sino que me caso por tu propio interés.
Ya te lo he dicho: yo quería
salvarte y darles a nuestros hijos
por hermanos reyes, para que vivan
bien protegidos en una inexpugnable fortaleza.

MEDEA

Lejos de mí una felicidad tan lúgubre,
y una prosperidad que me destrozaría.

JASÓN

Cambia, por favor, de opinión
y compórtate con más inteligencia.
No pienses nunca que lo útil es triste,

y en la buena fortuna
no te consideres desgraciada.

MEDEA

Búrlate bien. Tú pisas fuerte
en esta tierra, mientras que yo,
abandonada, me iré sola al destierro.

JASÓN

Tú misma lo has querido:
a nadie más acuses.

MEDEA

¿Qué dices? ¿O es que en mi boda
me casé con una mujer, como fue tu caso,
(Con sarcasmo) y te he traicionado?

JASÓN

Contra el rey estás lanzando
impías maldiciones.

MEDEA

Y también las lanzo
contra tu nueva familia.

JASÓN

Basta. No voy a discutir
ya más contigo. Di si quieres
que te ayude con mis bienes
a ti y a los niños.
Estoy dispuesto a hacerlo
muy generosamente. Y también
te daré cartas para mis amigos:
ellos te acogerán muy bien.
Si rechazas estos ofrecimientos,
estás loca, mujer.
Pon fin a esa cólera;
saldrás ganando.

MEDEA

No tenemos necesidad
de tus amigos, ni tampoco
de tu ayuda. De ti no quiero nada.
De gente vil no recibo regalos.

JASÓN

Muy bien. Pero yo, al menos,
pongo por testigos a los dioses
de que deseo apoyarte,
a ti y a nuestros hijos.
No es culpa mía
que te disgusten los beneficios.
Por arrogancia
se los rechazas a tus amigos.
Parece que disfrutas
sufriendo.

MEDEA

Vete ya. Te has retrasado,
y en cuanto pierdes de vista
tu casa, se apodera de ti el deseo
de tu joven mujer.
Sigue celebrando tu boda.
Quizá —si los dioses me protegen—
pronto te vas a arrepentir
de esta boda.

V

CORO

Los amores salvajes
ni virtud ni buen nombre
les traen a los hombres.
Pero cuando Afrodita
es suave y comedida,
no hay divinidad
que nos pueda otorgar
tantas delicias.
Jamás, oh soberana,
con tu arco de oro
lances contra mí un dardo
que me envenene de deseo.
Que su afecto por mí muestre
la castidad,
el don más bello de los dioses.
Que nunca, en su furor, Afrodita,
abrasando mi corazón
por un lecho ajeno,
me enrede en mil disputas
y en insaciables luchas.
Que ella respete
las uniones sin guerra
y distinga con claridad
los tálamos de las mujeres.
Oh patria, oh casa mía,
que de vosotras privada
jamás viva
amargamente desterrada.

Que la muerte, que la muerte
me lleve antes que sucumbir
a ellos doblegada.
Entre las penas
es la más dolorosa
quedarse una sin patria.

No tienes ni ciudad, ni amigos,
que de ti se apiaden
en tu más cruel prueba.
Muera el ingrato
que puede no honrar
a los seres queridos
abriéndoles la puerta
de su corazón puro.
Ése nunca será mi amigo.

VI

(Entra Egeo, rey de Atenas, con indumentaria de caminante.)

EGEO

Salud, Medea. Nadie puede
dirigir a una persona querida
palabras de bienvenida más bellas.

MEDEA

Yo también te saludo, Egeo,
rey de Atenas. ¿De dónde vienes?

EGEO

Del viejo santuario de Apolo.

MEDEA

¿Y qué te llevó allí?

EGEO

Fui a consultar al dios
por qué me niega los hijos.

MEDEA

¿Y qué te anunció el oráculo?

EGEO

Palabras secretas e incomprensibles
para la mayoría de los humanos.

MEDEA

¿Y por qué has venido aquí?

EGEO

Para encontrarme con Piteo,
que reina en Trecén.
A él quiero confiarle
el oráculo del dios.

MEDEA

Buena suerte, y que tus deseos
se te cumplan.

EGEO

(Observando el rostro de Medea.)

Pero ¿qué te pasa? Te veo pálida
y más delgada.

MEDEA

Egeo, mi marido me ha suplantado
por otra mujer, a la que ha puesto
al frente de la casa.

EGEO

¿Y se ha atrevido a una acción tan infame?

MEDEA

A mí, que tanto le quería,
me desprecia.

EGEO

¿Se enamoró de ella?
¿O te aborreció a ti?

MEDEA

Una alianza con príncipes:
éste es su gran amor.

EGEO
¿Y quién se la ha otorgado?
Termina la historia.

MEDEA
Creonte, el rey de Corinto.

EGEO
Comprensible era, mujer, tu pena.

MEDEA
Estoy perdida: y además,
he sido desterrada.

EGEO
¿Por quién? Me anuncias
una nueva desgracia.

MEDEA
Creonte me expulsa de Corinto.

EGEO
¿Y Jasón lo consiente?

MEDEA
De palabra no, pero su voluntad
se ha resignado. (Pronunciado con tono irónico)
Ay, apiádate de mí. Apiádate de mí.
A tus rodillas caigo. Te lo suplico,
de mi desgracia ten piedad.
No tengo a nadie en el mundo.
No me dejes aquí abandonada.
Llévame a tu país y acógeme
en tu casa. Te lo suplico —y verás,
ya lo verás—, tú tendrás hijos. Morirás
como un padre feliz. Tienes la suerte
de haberme encontrado a mí. Tengo poderes.
Conozco remedios; tengo filtros

para la esterilidad. Y haré que tengas hijos.

EGEO

Esta gracia, mujer, estoy dispuesto
a hacerte al punto. Primero,
por los dioses que venero, y luego
por los niños que me prometes,
pues por su nacimiento
daría hasta la vida.
Cuando vengas a mi tierra haré
todo lo posible por ayudarte.
Pero te pido este favor: que por tus propios
medios salgas de aquí.
Un gran dolor les causaría a mis amigos
si en tu fuga te llevara conmigo.
Ven en buena hora y asilo te daré
sin peligro de que te entregue a nadie.

MEDEA

Júralo.

EGEO

¿Es que en mí no tienes confianza?

MEDEA

Tengo confianza. Pero tengo por enemigos
a la casa de Pelias y a Creonte,
y necesito tu juramento
para que ninguno de ellos se atreva
a arrebatarme de tus dominios.
Si sólo me acoges de palabra
sin jurar por los dioses, es posible
que sus promesas o sus amenazas
te hagan cambiar
y en su amigo te conviertan.
A todos vosotros
la riqueza y el poder os coloca
del mismo lado,
y yo estoy en el otro.

EGEO

¡Tu lenguaje, mujer,
es realmente previsor!
Pero haré lo que deseas.
Incluso a mí me beneficia,
pues mi juramento tus enemigos
se verán obligados a respetar,
y tú también te sentirás
más protegida. Dime:
¿por qué dioses quieres que jure?

MEDEA

Jura por la Tierra,
y por el padre de mi padre, el Sol,
y por toda la gran familia de los dioses.

EGEO

¿De hacer o dejar de hacer qué? Acláralo.

MEDEA

Que nunca de tu tierra me echarás
y mientras vivas y tu voluntad
tenga fuerza, a ninguno
de mis enemigos le dejarás que me lleve.

EGEO

Juro que todo lo que has dicho
lo cumpliré fielmente.

MEDEA

Es suficiente. Y si tu juramento
traicionas, ¿qué castigo recibirás?

EGEO

El que sufren los mortales impíos.

MEDEA

Puedes irte contento.

Lo más pronto que pueda llegaré a tu ciudad,
apenas lleve a cabo lo que intento
y logre mi deseo.

CORIFEO

(A Egeo, mientras sale con su escolta.)

Y que también a ti
el hijo de la siniestra Maya,
el dios Hermes —que en todos los caminos
nos acompaña de la vida y la muerte—,
te encamine a tu casa,
y que tus sueños se te cumplan.
A mis ojos, Egeo,
eres un hombre noble.

MEDEA

¡Oh Zeus, y justicia de Zeus,
y luz del Sol! Amigas mías,
hemos vencido a nuestros enemigos.
Ya estamos en la vía que nos conducirá
a su exterminio. Este hombre
ha aparecido en el momento
en que estaba más hundida,
pero ya está abierto el puerto
en el que ataremos las amarras de popa
en mi fuga a la acrópolis de Atenas.
Todo lo que estoy tramando
voy a contarte ahora. Pero prepárate
para palabras nada regocijantes.
Le mandaré a una esclava ante Jasón
a pedirle que venga a verme.
Y cuando venga,
con las palabras más dulces
le daré la bienvenida: cómo por fin
he comprendido lo bien que ha actuado;
y que su boda real ha estado bien pensada.
Le felicitaré por una traición
que tanto nos ha beneficiado.

Y después le pediré que se queden mis hijos
aquí con él, aunque no porque piense
en abandonarlos en una tierra impía,
con enemigos que los humillarán, sino porque
a la hija del rey a traición quiero matarla.
Los enviaré con regalos
—un fino velo y una corona de oro—
a que se los lleven a la joven esposa,
para que no los expulse de esta tierra.
Y, cuando se los ponga,
será su fin. Y morirá también
cualquier persona que los toque:
porque los rociaré
con venenos mortales.
Pero ahora mis palabras
van a terminar en sollozos:
no van a oírse por el alarido
que brota de mi alma por el destino
que a mis hijos les reservo:
sí, a mis hijos, sí, voy a matarlos.
Nadie podrá arrebatármelos.
Y en cuanto acabe de hundir
la casa de Jasón, huiré bien lejos
de mis queridos hijos muertos, bien lejos
del impío asesinato que he osado.
Amigas mías, no resistiría
la victoria de mis enemigos.
Sus carcajadas las oigo en mis oídos.
Así ha de ser. Razones para vivir no tengo,
porque no tengo patria, porque no tengo casa,
porque no tengo posibilidad de escapar
de mi siniestra suerte. Cometí el error
de perder el amor de mi padre confiando
en las palabras de un griego.
Pero me vengaré de él.
Jamás volverá a ver vivos a los hijos
que tuvo conmigo, ni tendrá tiempo
de engendrarlos en su nueva mujer
porque esta miserable ha de morir envenenada.

Tengo que hacerlo, tengo que matarla.
Que nadie piense que soy débil y cobarde:
con los enemigos soy muy dura,
lo mismo que para mis amigos soy muy dulce.
¡A las almas así les pertenece la vida más gloriosa!

CORIFEO

¡No! No lo harás. No lo hagas.

MEDEA

Para ti es fácil
ser tierna. Tú no has sufrido
lo que he sufrido yo.

CORIFEO

Pero ¿es verdad, mujer?
¿Vas a atreverte
a asesinar a tus hijos?

MEDEA

Sólo así puedo morder
el corazón de mi marido.

CORIFEO

Serás la más desgraciada
de las mujeres.

MEDEA

Ya lo soy. Y sobran las palabras.

(Dirigiéndose a la nodriza.)

Vete pues y haz que venga Jasón. Sólo en ti
tengo confianza. No dirás ni palabra
de lo que tengo planeado;
quieres a tu señora, y además
tú eres también mujer.

VII

CORO

Los atenienses, descendientes de Erecteo,
fuisteis afortunados desde siempre.
Hijos de los dioses bienaventurados,
y de una sagrada tierra inexpugnable,
os nutristeis de la sabiduría más preclara.
Y siempre a través del aire más radiante
con gracia os movéis, allí donde un día
las nueve castas Musas de Pieria, dicen,
fueron engendradas por la rubia Armonía.

Allí donde se cuenta que Afrodita,
desde las ondas del río Cefiso
que tanta belleza derrama,
orea la comarca con el aliento
de las brisas más ligeras;
y, siempre ceñida
la cabellera con una fragante
corona de rosas, a la Sabiduría
—para que se sienten con ella—
envía a los Amores, los auxiliares
de cualquier virtud.
¿Cómo, pues, la ciudad de los ríos sagrados
y la tierra cortés con los amigos,
te va a acoger a ti, la infanticida,
a ti la impía, con los demás?
Piensa en tus hijos ensangrentados,
míralos muertos a tus pies.
No, no, por tus rodillas,
todas nosotras, por lo que más quieras,

te lo suplicamos,
no, a tus criaturas no asesines.

¿Dónde encontrarás en tu alma,
o en tu brazo, el coraje
para dirigir contra el corazón de tus hijos
los golpes de la más vil audacia?
Cuando poses
los ojos en tus hijos, ¿cómo vas a contener
la parte de lágrimas que esta
sangre reclama? Oh no,
cuando, suplicándote, los hijos
a tus pies caigan, no podrás
bañar en sangre tu mano
con corazón impávido.

VIII

(Entra Jasón, y, tras él, la nodriza.)

JASÓN

Me llamaste y he venido;
por mucho que me odies,
aquí acudo. Te escucho.
¿Qué deseas?

MEDEA

Jasón, perdón te pido
por todo lo que antes te he dicho.
No te irrites con mis ataques,
pues nuestro amor ha sido y es profundo.
Pensé después en cómo te hablé
y me arrepentí.
Me he reñido a mí misma y me he dicho:
necia, ¿por qué pierdes la calma?
¿Por qué te peleas con quienes
lo mejor te desean?
Y te has vuelto enemiga
de quienes en esta tierra mandan
y de tu propio marido.
Pues él por nuestro bien actúa
y se ha casado con la hija del rey
y así a mis hijos les dará otra familia.
Me pregunté:
¿por qué me enfurezco?
¿por qué me lamento cuando los dioses
siempre quieren lo mejor para nosotros?
Bien sé, pues, que tengo niños

pequeños y, si huimos
de esta tierra, perdemos todos los amigos.
He comprendido muy bien todo
y he visto mi falta de juicio,
mis vanas iras. Por eso ahora te elogio.
Te lo agradezco, porque comprendo
lo que vas a hacer por nosotros,
y lo insensata que fui por no alegrarme,
por no correr al punto junto a tu mujer
a presentarme ante ella
y alegrarme con ella. Las mujeres somos
lo que somos, simplemente mujeres.
Pero tú eres hombre y eres más frío;
no tienes que tomarme en serio
y responder a mis necesidades con necesidades.
Todo esto ha terminado.
Digamos que cometí un error,
pero ahora mi juicio se ha restablecido.
Hijos míos. Hijos. Venid. Salid
de casa, corred; aquí está vuestro padre.

(Los niños entran acompañados por el pedagogo.)

Besadle, acariciadle, habladle;
vuestro padre vuelve a estar
con nosotros. Y, como hizo vuestra madre,
olvidad las enemistades y quereos.
Ahora estamos todos juntos;
se terminó la cólera.
Venid, daos las manos.
Con vuestras pequeñas y tiernas manos
estrechad su mano derecha.

(Hablando consigo misma.)

¡Ay, cruzan por mi mente
desgracias secretas!
¡Ay, hijos míos! ¿Por cuánto tiempo,
por cuánto tiempo aún tenderéis
así en el aire a mi amado marido
vuestras tiernas manos
como acabo de verlo?

Infeliz de mí, yo
estoy deshecha en lágrimas
y tiemblo de miedo, tiemblo.
Y ¿cómo no voy a llorar?
¿Cómo por mi cara no van a correr
las lágrimas cuando durante tanto tiempo
estuvo seca por el odio a vuestro padre?

JASÓN

Me alegran tus palabras, mujer.
Lo anterior está olvidado. No te acuso.
Ya se sabe que vuestro sexo
monta en cólera contra el marido
que se une en nuevo matrimonio.
Porque el cerebro se te ha puesto
en su sitio y has comprendido
—aunque es verdad que te ha costado un poco—
qué es lo que te conviene.
Eres una mujer prudente.
Por lo que a vosotros respecta,
hijos míos, no soy un padre indiferente.
Mucho me preocupo por vosotros,
y deseo que estén siempre
los dioses con vosotros.
Os veo ya, junto con vuestros
otros hermanos,
entre los más nobles de los corintios.
Vosotros creced.
Del resto ya me ocupo yo, vuestro padre,
en alianza con los dioses.
Que os vea pronto
convertidos en hombres fuertes
para que juntos vayamos a la guerra,
y que así tiemblen nuestros enemigos.

(Dirigiéndose a Medea que se aparta y llora.)

Pero ¿por qué lloras de nuevo?
¿Por qué desvías a otra parte
tus mejillas tan blancas?

¿Acaso no te alegran mis palabras?

MEDEA

No lloro. Pensaba en los niños.

JASÓN

No tengas miedo: nunca los abandonaré.

MEDEA

Lo sé. Te creo. Pero
las mujeres somos débiles, y muy dadas
a las lágrimas.

JASÓN

Dime, desdichada:
¿por qué sufres tanto por tus hijos?

MEDEA

Porque los parí yo; ¿no es suficiente?
Pero, ya que el rey de esta tierra
quiere desterrarme,
ahora que soy tu aliada,
quiero pedirte algo.
Quiero que le pidas a Creonte la gracia
de que los dos niños se queden.

JASÓN

No sé si lo convenceré. Voy a decírselo.

MEDEA

Puedes decírselo a tu mujer;
que ella misma le pida a su padre
el favor para los niños.

JASÓN

Tienes razón. A ella,
sin duda, la convenceré.

MEDEA

Sí, si es como todas nosotras.
Y yo colaboraré
enviándole un regalo,
que será la única
que lo posea en el mundo: un velo finísimo
y una corona de oro. Los niños se lo llevarán.
¿No es así más hermoso?

(Dirigiéndose a casa.)

Ven, nodriza.
Trae aquí mis regalos.

(Dirigiéndose a Jasón.)

Qué afortunada es,
y no sólo una vez, mil veces es feliz.
Te tiene por marido a ti —el marido
más completo en la cama—,
y va a lucir unos adornos que el Sol
—el padre de mi padre— legó
a sus descendientes.
Tomad en vuestras manos, hijos míos,
mis regalos y entregádselos a la reina,
esa esposa feliz. Nadie dio nunca
unos regalos así, como los míos.

JASÓN

No seas necia. ¿Por qué
te vas a desprender de ellos?
¿Crees que en el palacio
real andan escasos de velos y de oro?
Guárdatelos, no los des. Son tuyos.
Si mi mujer me aprecia
mis propias palabras la convencerán,
no tus regalos.

MEDEA

Por favor.
Dicen que los regalos ablandan incluso a los dioses.

Y el oro penetra en el corazón de las personas
más que cualquier palabra. Para ella es
toda la felicidad, con el favor de algún dios:
es joven y reina. Yo,
para que mis hijos no fueran al destierro,
hasta mi vida daría, no sólo este oro.
Hijos míos, venid. Rápido. Entrad
en la rica mansión y encontrad
a la nueva mujer de vuestro padre,
que es ya mi reina, y al entregarle mis regalos,
suplicadle, imploradle que no os manden
al destierro. Pero tened cuidado:
es preciso que los reciba ella en propias manos,
no se los deis a nadie más. Idos ya, rápido.
Vuestra madre esperará aquí
hasta que vengáis a decirle
que ella los ha aceptado.

(Los niños se alejan con Jasón y el pedagogo.)

IX

CORO

Ya no tengo esperanzas
de que vivan los niños,
ya no las tengo. La muerte
ya está rumbo hacia ellos.
Recibirá la joven esposa,
recibirá la desdichada
la ruina atroz de ese velo de oro.
En su rubia cabellera,
y con sus propias manos, ella misma
va a acoger a la Muerte:
¡y la lucirá como atavío!

La gracia y su inmortal resplandor
la llevarán a ponerse
el velo y la corona de oro.
Y en los infiernos se adornará
con el ajuar nupcial.
Tal es la trampa, el destino de muerte
en que caerá la desdichada.
Ella no escapará
a su ruina.

Y tú, oh desgraciado,
maldito esposo que te alías con los reyes,
sobre tus hijos, sin saberlo,
sobre sus vidas llevas el exterminio,
y sobre tu esposa una muerte infame.
¡Cómo te apartas, desgraciado,
de tu destino!

Y ahora, es tu dolor lo que lloro,
desdichada madre
que vas a asesinar a tus hijos
por un lecho nupcial
que ha traicionado
un esposo criminal
para compartir otro tálamo.

X

(Sale a escena el pedagogo con los niños.)

PEDAGOGO

Señora, se han salvado los niños.
Se libran del destierro.
Entusiasmada la joven reina recibió
en propias manos los regalos que le enviaste.
Ya nada tiene que temer de ella.
Y ahora, ¿por qué te has alterado
en el momento en que te sonrío la fortuna?
¿Por qué desvías tu rostro hacia otra parte
y no oyes con alegría la noticia que te dan?

MEDEA

¡Ay, ay!

PEDAGOGO

Tus lamentos no casan con mis noticias.

MEDEA

¡Ay, ay, una vez más!

PEDAGOGO

No comprendo. ¿Me equivoqué
al creer que te traía
buenas noticias, y te traigo desgracias?

MEDEA

Has traído lo que tenías

que traer. No te reprocho nada.

PEDAGOGO

¿A qué viene, pues, esa mirada
baja y este torrente de lágrimas?

MEDEA

Es para mí una necesidad, buen hombre.
Los dioses y yo, con mi mala cabeza,
así lo hemos tramado.

PEDAGOGO

Ánimo. Llegará el día en que tú también
volverás, gracias a tus hijos.

MEDEA

Antes, ay de mí, he de hacer que otros
den con su cuerpo bajo tierra.

PEDAGOGO

Otras madres también
se separaron de sus hijos;
no eres tú la única.
Un mortal debe soportar
las desgracias con entereza.

MEDEA

Tienes razón. Ahora entra en casa
y cuida de mis hijos como todos los días.

(El pedagogo sale de escena.)

Hijos míos, hijos míos, vosotros tenéis ciudad,
y una casa en la que para siempre,
para siempre viviréis. Sin madre os quedáis
y me vais a abandonar en mi desgracia.
Y yo parto para el destierro, fugitiva.
No he tenido tiempo de disfrutar con vosotros,
y con la felicidad de veros casados. No podré
engalanar vuestro lecho nupcial

y llevar en mi mano las antorchas de la boda.
Mi orgullo me ha hundido en la miseria.
Hijos míos, os he criado, pues, en vano.
Inútiles han sido mis esfuerzos
y para nada sufrí tantos dolores
en las atrocidades de mis partos.
¡Pobre de mí, que tantas esperanzas
puse en vosotros! Os veía como el sostén
de mi vejez y, a mi muerte, creía
que me ibais a enterrar piadosamente
como es el anhelo más humano. ¡Ilusiones
perdidas! Madre de mis hijos, arrastraré
una vida triste y llena de penas.
Jamás a vuestra madre ya veréis con esos ojos
tan queridos: estáis en marcha hacia una forma
de vida realmente distinta.
¡Ay, ay! ¿Por qué me miráis así, hijos míos?
¿Por qué me dirigís tan fúnebre sonrisa?
¡Ay, ay, amigas! ¿Qué haré? Se me va el corazón,
cuando veo la mirada radiante de mis hijos.
No, no podría. Adiós, resoluciones
de hace unos instantes. Me llevaré a mis hijos
de esta tierra.
¿Es preciso que por afligir
al padre con los dolores de estos
niños mis penas multiplique yo misma?
¡No, no, de ninguna manera! Adiós,
adiós, mis planes.
Pero ¿qué me está pasando?
¿O es que deseo ser el blanco de las burlas
dejando a mis enemigos sin castigo?
Hay que atreverse. Soy cobarde
y brotan de mi alma blandas palabras.
Entrad en casa, hijos.

(Los hijos salen de escena.)

A quien las leyes divinas le prohíban
asistir a mis sacrificios,
allá él, es cosa suya. Mi mano no vacilará.

¡Ah, ah!
No, corazón, no, tú no lo hagas,
no puedes cometer este crimen.
Déjalos, desdichada, ahorra
la vida de tus hijos. Aunque no vivan conmigo
me darán alegría.
No, por los que abajo,
con Hades, son los Vengadores,
jamás será posible que abandone
a mis hijos a mis enemigos
para que los ultrajen.
Es de necesidad total, han de morir.
Y, como es preciso, los mataremos nosotras
que les dimos la vida.
Ya que voy a tomar el camino más penoso,
y a ellos voy a enviarlos
por otro todavía más penoso,
quiero despedirme de mis hijos.

(Hace una señal en dirección a la casa. Los niños salen.)

Dad, hijos míos,
dad la mano a vuestra madre,
que os la quiere besar.

(Abrazando a sus hijos y cubriéndolos de besos.)

Oh dulce mano, oh boca amorosísima,
figura y cara noble de mis hijos,
sed felices los dos... pero allí:
vuestra felicidad de aquí, os la ha robado
vuestro propio padre. ¡Oh dulce abrazo,
tierna piel, aliento suave de estas criaturas!
¡Adiós, adiós!

(Los aparta de ella y les hace la señal de que vuelvan a entrar en casa.)

No me siento, para mirar a mis hijos,
ya con fuerzas. Sucumbo a mis propias desgracias.
Sí, siento los estragos que voy a causar;
pero la pasión es más fuerte que mis resoluciones
y ella causa, en el mundo, los peores males.

CORIFEO

Ya en muchas ocasiones
me aventuré en reflexiones más sutiles
y me he enfrentado con disputas más serias
de las que debe abordar el sexo femenino.
Y es que tenemos, también nosotras,
nuestra Musa que nos da lecciones
de sabiduría; aunque no a todas,
por supuesto. Pero hay pocas mujeres
—quizá encontrarás una entre mil—
que sean extrañas a las Musas.
Y voy a ser bien clara: los mortales
que jamás han tenido la experiencia
y no han engendrado hijos, en felicidad
aventajan a quienes los tuvieron.
Los que no tienen hijos ignoran
si para los mortales los niños reportan
alegría o angustia; y al no haberlos tenido
ignoran si se libran de pesares sin cuento.
Pero, a los que tienen en casa una dulce
prole de hijos, noche y día los veo
de angustia consumiéndose.
En primer lugar piensan en cómo
criarlos dignamente,
y piensan también en la manera
de dejarles algún tipo de herencia.
Y todavía si libran sus batallas
para unos negados o para hijos
que se lo merecen, esto
jamás está muy claro.
En fin, el mal supremo para todos
los mortales, voy ahora a decirlo:
supongamos que hallaron recursos suficientes
y que la flor de la juventud
alcanzaron los hijos
y que hasta resultaron
gente con principios.
Pero si el destino
así se presenta, la Muerte

se pone rumbo al Hades
llevándose los cuerpos de los hijos.
¿Qué provecho se saca, pues,
si a las otras penas
ésta aún, la más atroz,
por causa de unos hijos
los dioses infligen a los mortales?

MEDEA

Hace ya rato, amigas,
que en espera del acontecimiento
alargo el cuello para ver
lo que allí está sucediendo.
Mirad: un hombre del séquito de Jasón
se acerca hacia nosotras.
Su aliento jadeante lo revela:
viene a anunciar
alguna desgracia insospechada.

(Entra precipitadamente un sirviente de Jasón.)

MENSAJERO

¡Oh tú, que un acto horrendo
contra la ley has perpetrado,
huye, Medea, huye!: ¡sí, ni carro mariner
desdeñes, ni vehículo terrestre!

MEDEA

¿Qué ocurre? ¿Por qué tengo que huir?

MENSAJERO

Acaban de morir hace un instante
la joven reina y su padre Creonte,
víctimas de tus venenos.

MEDEA

¡Maravillosas palabras! A partir de ahora
entre los bienhechores te contaré,
te contaré entre mis amigos.

MENSAJERO

¿Qué dices? ¿Estás en tu sano juicio, mujer,
o te has vuelto loca? Después de arrasar
el hogar real ¿te alegras en lugar de temblar
ante esta noticia?

MEDEA

Pero no te excites, amigo, y habla.
¿Y cómo han perecido? Porque me darás
una doble alegría si han muerto
del modo más atroz.

MENSAJERO

En cuanto con su padre llegaron
tus dos hijos y franquearon el umbral
de la nupcial morada, sentimos
una gran alegría los servidores
que sufríamos por tus males.
Y al punto corrió la voz
de que tú y tu marido
habíais cerrado solemnemente
vuestro pleito.
Uno besa la mano de los niños, aquél
su cabeza rubia; y yo mismo,
desbordante de alegría,
hasta las habitaciones de las mujeres
me voy con ellos. La señora
que ahora en lugar de ti honramos,
antes de reparar en tus dos hijos,
tenía una mirada ardiente, fija en Jasón.
Pero, al verlos, se tapó al punto
los ojos y torció hacia atrás
su radiante mejilla, presa de aversión
por la entrada de los niños. Tu esposo
intentaba aplacar la cólera y la rabia
de la muchacha, y le decía:
«¿Quieres no mostrar odio a los amigos?
Serena tu resentimiento y vuelve
hacia aquí esa cabeza.

Que los amigos de tu marido
sean tus amigos. Acepta
estos regalos y pídele a tu padre
que, por amor a mí, a estos niños
absuelva del destierro».

Sí, y ella vio los regalos
y no se resistió. A su marido
se lo concedió todo. Aún no estaban lejos
del palacio el padre y los hijos
cuando ella cogió el velo de vivos colores.
Se lo puso. Y ciñéndose la corona de oro
sobre sus rizos, se arregla el pelo
en un luciente espejo. Le sonrío
a la imagen inanimada de su cuerpo.
Por fin se levanta del trono para cruzar
la estancia, y mueve con gracia el paso
de unos radiantes pies.
Por los regalos henchida de alegría,
una y otra vez se pone de puntillas
y todo lo escudriña con sus ojos.
¡Pero, de repente, es horroroso lo que ven!
Porque cambia de color e, inclinándose,
retrocede. Le tiemblan todos los miembros
y apenas logra reclinarsse en su trono
para no caerse al suelo. Una criada anciana,
que quizá lo ha tomado
o por un pánico, o por un acceso
furioso de algún dios,
pronuncia a gritos un conjuro.
Pero ve que le brotan de los labios
unas espumas pálidas, y que los ojos
se le ponen en blanco, y que sin sangre
se le queda el cuerpo. Al alarido de conjuro
le siguió entonces un gran grito de llanto.
Y al punto corre una
a las habitaciones del padre,
la otra a las del nuevo esposo para
comunicarles la desgracia de la novia.
Y es una sucesión de ecos

de carreras precipitadas
el palacio entero.
Ya, con paso ligero,
habría un corredor rápido
hecho un estadio y tocaría la meta,
cuando ella, recuperando la voz
y abriendo los ojos,
con un gemido horrible
se despertó la pobre.
Y es que le asaltaba
una doble calamidad:
la corona de oro
que llevaba en la cabeza
despedía un prodigioso
torrente de llamas devastadoras;
y el finísimo velo
—regalo de tus hijos—
consumía las radiantes carnes
de esta desdichada.
Se levanta del trono y huye,
envuelta en llamas.
Sacude la cabellera, la frente,
de un lado para otro,
en su deseo de librarse de la corona.
Pero aquel oro
era un garfio soldado al pelo.
Y cuanto más sacudía su cabellera,
más la llama doblaba su fulgor.
Y cae al suelo sucumbiendo a su tormento;
excepto un padre,
¿quién la reconocería?
Ya no se distinguía
ni la forma de sus ojos,
ni la belleza de su cara.
La sangre, desde la cima de su cabeza,
goteaba confundida con el fuego.
Y, bajo las invisibles dentelladas del veneno,
se desprendían de los huesos
sus carnes, como lágrimas de pino.

¡Horroroso espectáculo!
Todos teníamos miedo
de tocar el cadáver:
su suerte nos daba una lección.
El pobre padre, que ignoraba
la desgracia, de pronto entra
y se arroja sobre la muerta.
Rompe en sollozos y,
estrechándola en sus brazos,
la besa y le susurra:
«Pobre criatura, di,
¿qué dios te condenó
a una muerte tan infame?
¿Quién deja privado de ti
a este anciano, que es pura tumba?
¡Ay, hija mía!
quiero morir contigo».
Cuando terminaron los lamentos y los sollozos,
intentó ponerse en pie.
Pero su fino velo
se agarra a su decrepito cuerpo
como yedra a las ramas del laurel;
la lucha fue espantosa.
Porque, cuando él quería alzar una rodilla,
la muerta lo retenía.
Y, si tiraba con fuerza,
de sus huesos arrancaba
trozos de carne.
Por fin el pobre renuncia
y entrega su vida,
pues no pudo vencer
más tiempo a la desgracia.
Y yacen, hija y padre, muertos uno al lado
del otro —una desgracia, ay,
que está pidiendo lágrimas—.

(Dirigiéndose a Medea.)

Y respecto a lo que te concierne, no quiero decir nada:
pronto en ti misma experimentarás el vaivén del castigo.

A la humanidad no es hoy la primera vez que la considero sombra pura,
y lo diré sin ningún miedo:
los mortales que se tienen
por más dotados y ansiosos de razones
ésos son los más crudamente castigados. Porque, entre los hombres,
no hay ni uno solo que sea feliz.
Y quien llega a disfrutar las riquezas
puede que sea más afortunado que los demás,
pero feliz, pero feliz, jamás.

CORIFEO

La divinidad en este día
parece que descarga
sobre Jasón muchos males bien merecidos.
¡Ay, desdichada, cómo lloramos tus desgracias,
hija de Creonte, tú que has descendido
al portal de los muertos,
por culpa de las bodas de Jasón!

MEDEA

Amigas, el acto está decidido:
matar a mis hijos,
matar a mis hijos ahora mismo
y huir de esta tierra.
No quiero, por mi retraso,
abandonar mis hijos a los golpes
de otra mano aún más hostil.
Es necesario, han de morir:
y puesto que es preciso,
los mataremos nosotras
que los dimos a luz.
Venga, pues, ármate
de valor, corazón mío.
¿Por qué aplazar el perpetrar
el terrible y necesario mal?
Venga, desdichada mano mía,
coge la espada, cógela. ¡En marcha
hacia la meta de la que arrancará
el luto de tu vida! ¡Nada de

cobardías! Y no te acuerdes
de que ellos son tus hijos
amadísimos, ni de que tú
los has parido. Al menos, por un día
que vuelas, de tus hijos
olvídate, y después llora.

XI

CORO

¡Oh, Tierra, y tú, que todo lo iluminas,
rayo del Sol, mirad, ved a esta
funesta mujer, antes de que descargue
sobre sus hijos
una cruenta mano parricida!
¡Oh Luz divina, detenla, frénala,
arroja de esta casa a la miserable
y criminal cólera
suscitada por las Furias de la venganza!

En vano has sufrido
las angustias de madre.
¡En vano has dado a luz
un linaje querido!
Desgraciada, ¿por qué
sobre tu corazón
se abate una cólera
tan pesada?
¿Por qué el odio asesino
al amor sustituye?
Pesa sobre los mortales
la mancha de la sangre familiar.
Contra los asesinos de su propia raza,
ella despierta, a la medida del crimen,
dolores que la mano de los dioses
hace recaer sobre sus casas.

HIJOS DE MEDEA

(Desde el interior.)

¡Ay, ay!

CORIFEO

¿Oyes el grito de los niños? ¿Lo oyes?

¡Ay, desgraciada, infortunada mujer!

UNO DE LOS HIJOS DE MEDEA

(Desde el interior.)

¡Ay de mí! ¿Qué hacer?

Mi madre me persigue. ¿Adónde huir?

EL OTRO HIJO DE MEDEA

(Desde el interior.)

No sé, hermano queridísimo,
porque los dos ya estamos perdidos.

(Las mujeres del coro, indecisas, se agitan ante la puerta de la casa.)

CORIFEO

¿Debo entrar en la casa?

Es preciso

salvar a estos niños del degüello.

UNO DE LOS HIJOS DE MEDEA

(Desde el interior.)

Sí, salvadnos, por los dioses.

Es el momento.

EL OTRO HIJO DE MEDEA

(Desde el interior.)

¡Qué cerca estamos ya
del filo de la espada!

CORIFEO

¡Desgraciada! ¿Eres de piedra o de hierro
cuando asesinas con tu propia mano
a tus hijos que son
la cosecha de tu vientre?

CORIFEO

¿Podría, pues, haber ocurrido
algo más horrible? ¡Oh lecho,
para las mujeres tan fértiles en dolores,
cuántos males has causado ya a los mortales!

(Entra Jasón precipitadamente.)

XII

JASÓN

Oh mujeres, que estáis
junto al palacio, ¿está quizá
la autora de los horrendos crímenes,
Medea, todavía en las salas,
o se ha marchado huyendo?
¡Pues tiene que ocultarse bajo tierra,
o su cuerpo alado debe buscar refugio
en los confines de las nubes
si no quiere a la casa real
pagar su deuda!
¿Cree que habiendo asesinado
a los soberanos de esta tierra
va a huir impunemente de esta tierra?
Pero ella no me preocupa,
me preocupan mis hijos.
Ella recibirá de sus propias víctimas
el daño que ha causado.
Yo he venido
para salvar la vida de mis hijos
antes de que la familia
emprenda nada contra ellos,
sí, para cobrarse
el abominable crimen de su madre.

CORIFEO

Oh desdichado,
ignoras a qué punto de desgracia has llegado, Jasón.

JASÓN

¿Qué sucede? ¿Es que también
quiere matarme a mí?

CORIFEO

Los muertos, a manos de su madre,
son tus hijos.

JASÓN

(Tambaleándose por la impresión.)

¡Oh dioses! ¿Qué dices?
¡Es mi muerte, mujer!

CORIFEO

Abriendo las puertas
verás el exterminio de tus hijos.

JASÓN

(Llama a gritos a la gente de la casa.)

Criados, quitad lo antes posible
los cerrojos, quitad las barras,
que quiero ver el doble horror:
a ellos, que han muerto, y a ella, a la que...
(Con un gesto furioso) haré pagar su crimen.

(Como no responde nadie, se lanza contra la puerta, que trata de derribar. Por encima
de la casa, en un carro tirado por dragones alados, aparece Medea, que se lleva con
ella a los dos cadáveres.)

MEDEA

¿Por qué empujas y tratas
de hacer saltar estas puertas?
¿Son cadáveres lo que buscas
y a mí, la autora de estos crímenes?
Puedes ahorrarte esfuerzos.
Tu mano no me tocará:
tal es la virtud del carro
que el padre de mi padre, el Sol,

nos da, como defensa
contra un brazo enemigo.

JASÓN

¡Monstruo! ¡La mujer que más puede
repugnar a los dioses, y a mí,
y a todo el género humano!
¡Tú que has tenido la osadía
de usar la espada contra los hijos,
que diste a luz,
y me has herido de muerte
al dejarme sin hijos!
Y, después de este crimen,
sigues contemplando
el sol y la tierra
cuando te has atrevido
a la acción más impía.
Te deseo la muerte.
¡Ahora te conozco; no te conocía,
cuando de tu casa
y de una tierra bárbara
a una casa griega te traje,
peste nefasta,
traidora al padre
y a la tierra que te crió!
Tu genio vengador
contra mí han lanzado los dioses,
pues ya había matado
a tu hermano en tu casa
cuando embarcaste en la nave Argo,
de bella proa. Ésos fueron tus comienzos.
Después te casaste con el hombre
que te habla, y, tras darme hijos,
hoy por odio al tálamo nupcial
los has matado.
En toda Grecia no hay una mujer
capaz de osar tal crimen, y a ellas
a ti te preferí yo por esposa.
Me uní, para mi ruina, contigo

—no una mujer, una leona—.
Pero ni mil injurias
en ti harían mella:
tal es la desvergüenza de tu naturaleza.
¡Vete en mala hora,
infame, abyecta asesina de niños!
A mí sólo me queda
lamentar mi destino:
no podré disfrutar
de mi reciente boda,
y a los hijos que engendré y crié,
en vida, ya no podré
dirigirles la palabra.
Los he perdido.

MEDEA

Tras el ultraje hecho a mi lecho, no ibas tú a llevar
una vida regalada riéndote de mí;
ni la reina,
ni quien te procuró una esposa,
Creonte, me iban a expulsar
impunemente de esta tierra.
En el corazón me diste,
y en el corazón yo te he tocado.

JASÓN

Tú también sufres
y compartes mis desgracias.

MEDEA

Entérate bien:
bienvenida sea la pena,
con tal que tú no rías.

JASÓN

¡Hijos míos! ¡Qué indigna madre
os ha tocado en suerte!

MEDEA

¡Niños! ¡Cómo os ha perdido
la locura de un padre!

JASÓN

No, no es mi brazo
el que los ha hecho morir.

MEDEA

Pero tu injuria, sí,
y tu reciente boda.

JASÓN

¿Y te pareció bien inmolarlos
a tu lecho?

MEDEA

¿Crees que para una mujer
es una ofensa leve?

JASÓN

Sí, si es casta;
pero en ti todo es vicio.

MEDEA

(Señalando los cadáveres.)

Ellos ya no viven: esto será
tu tormento constante.

JASÓN

Viven y son Furias
enganchadas a tu corazón.

MEDEA

Bien saben los dioses
quién desencadenó esta desgracia.

JASÓN

Permite que entierre a estos muertos
y que les haga el duelo.

MEDEA

No, no, soy yo quien los enterrará
con estas manos.
Y me iré a Atenas
donde me acogerá, como huésped, Egeo.
Tú, como vil que eres,
tendrás una vil muerte.

JASÓN

¡Ojalá te destruya la Furia de tus hijos,
y la Justicia que venga los crímenes!

MEDEA

¿Quién quieres que te escuche, qué dios,
qué dios, a ti, el perjuro?

JASÓN

¡Ay, ay, infame,
asesina de tus hijos!

MEDEA

Vete a casa
y entierra a tu mujer.

JASÓN

Me voy, privado de mis dos hijos.

MEDEA

Tu llanto aún no es nada:
espera a la vejez.

JASÓN

Hijos queridísimos...

MEDEA

Sí, para su madre, para ti no.

JASÓN

¿Y por eso los has matado?

MEDEA

Sí, para hacerte daño.

JASÓN

¡Ay, infeliz de mí, anhelo
besar la amorosa boca de mis hijos!

MEDEA

Ahora les hablas, y quieres abrazarlos;
antes los rechazabas.

JASÓN

Otórgame, por los dioses,
que acaricie la tierna piel
de mis hijos.

MEDEA

No.

(El carro alado desaparece.)

JASÓN

¡Zeus! ¿Escuchas cómo se me rechaza,
cómo me trata esta abominable
infanticida, esta leona?
Lloro a mis hijos y conjuro a los dioses;
los pongo por testigos
de que los has matado
y me prohíbes
acariciarlos y enterrar sus cuerpos.
¡Ojalá que jamás los hubiera engendrado!

(Sale muy lentamente.)

CORIFEO

(El coro se dirige hacia la salida.)

Con inesperados y horribles acontecimientos
tejen los dioses nuestra vida.

Lo que habría tenido que suceder
no ocurrió nunca. Lo que esperábamos
no se cumple;
y a lo inesperado
la divinidad abre paso.